LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA * * *
* APARECE LOS SÁBADOS

COLABORACIÓN DE LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES Y DIBUJANTES

Número suelto, CINCO *céntimos.—Suscripción en provincias, 1,50 pesetas trimestre.*

Oficinas: MÉNDEZ ÁLVARO, 2, PRIMERO.—**Apartado de Correos 547, MADRID**

En Barcelona: Kiosko «EL SOL», Rambla de las Flores
(FRENTE A PUERTAFERRISA)

CONSULTA

de médico exinterno del Hospital de San Juan de Dios. Enfermedades secretas, matriz y vías urinarias.

Curación radical de la sífilis, sin peligro, con el **606**

De 4 á 6 de la tarde, 2,50 ptas. Especiales, 5 ptas.

CALLE SANTA BÁRBARA, 2
esquina á Fuencarral, 73

A LOS ENFERMOS

del **pecho, sífilis, venéreo** y **garganta,** les conviene fumar lo menos posible y esto podrán conseguirlo tomando las pastillas del **Doctor Laboschin.**

Medicamento recomendado por varias eminencias médicas.

DOS PESETAS CAJA en buenas Farmacias.

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSÉ LERIN
Abada, 22, Kiosko frente á Apolo.—*Envíos de periódicos y libros á provincias*

Pídanse precios de publicidad en "LA HOJA DE PARRA,, á la Administración, Mendez Alvaro, 2, Madrid.

MANUEL GONZALEZ
SASTRE

El que quiera vestir bien y barato, debe visitar la

Sastrería de Manuel González.

QUIÑONES, 5, ENTRESUELO
MADRID

CONSULTA PARTICULAR

en casa del Médico-Director de la **consulta de San Juan de Dios,** de enfermedades de la piel y del pelo, secretas y vías urinarias. Tratamiento curativo de la sífilis, sin dolor, con el 606. **Dr. Portillo.** De 3 á 6 tarde. **Cañizares, 1, principal.** De provincias, por carta.

Fotograbado de A. VAZQUEZ
Perfección * Rapidez * Economía * COLEGIATA, 7, MADRID

Imprenta San Bernardo, 92, Madrid.

AÑO I. **Madrid, 12 de Agosto de 1911.** **NÚM. 15.**



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
PEDRO DE RÉPIDE
La caja de las pastillas.
FELIPE TRIGO
Americanas.
MANUEL SORIANO
Corazón de mujer.
FRANCISCO VILLAESPESA
La mejor canción.
EL CONFESONARIO
Artículos de CLAUDINA y BONIFA
TOMÁS BORRÁS
La moral de Pulgarcito.
ANDRÉS SOLER
Día completo.
RAMÓN ASENSIO MÁS
Confiteor.
F. SERRANO DE LA PEDROSA
El señó Gobernaor.
JULIO MILEGO
Vida ideal.
¿SE CASA BOMBITA?, etc.
TOVAR, CYRANO y ALFONSO

Caricaturas y retratos de la Fornarina, Julia Torres, Claudina, Eladia Ruiz París, Concha Vergara, La Goya, Felipe Trigo, Bombita, Bonifa, Desnudos de nuestras artistas y otros dibujos.

5 cénts.



LA FORNARINA

im o retrato de la hermosa y popular «divette», hecho en París.



La regla de las mujeres

A doña Cecilia Camps.

Para amar no tiene regla
la mujer,
señora: se las arregla
como Dios le da á entender.

Si á tener
fuese regla para amar,
¿cómo habría de pasar
lo que suele suceder:
el estar
(sin poderlo remediar)
loca hoy por uno, y, después
que llega el siguiente mes
para ella, no recordar
á quien amó y olvidar
en «un» hora
que le adoraba? ¡Ay, señora
Camps, con sus
libros de noveladora,
nos va usted á hacer la cusca á muchos enamorados;
y, al decir que los maridos
son viles y fementidos,
deja usted á los casados
malparidos
(quiero decir malparados)!

No, señora, no. A mi ver,
la mujer
no tiene regla jamás
de conducta, ó proceder,
para hacer
feliz al hombre. Y es más:
no pudiéndola tener,
se vería embarazada
para lograrlo, y forzada
quizás á reconocer
que—haga ó deje de hacer
cualesquier
cosas—se tendrá que ver
sin la regla
que usted quiere establecer:
así es que se las arregla
como Dios le da á entender.

Pero todo se concilia
fácilmente, pues ¿de qué
le sirve, doña Cecilia,
la regla si ya se ve
que para tener familia,
por desgracia ó por fortuna,
no le hace falta ninguna
la tal regla? Por mi fe,
que sin ella están mejor
las mujeres para amar;
pues lo de reglamentar
el amor,
con franqueza,
es cosa que en la cabeza
no me cabe
¡y hasta tengo la certeza
de que usted también lo sabe!

No pretenda usted, señora,
que la hembra regle ó regule
su pasión. Y disimule,
queridísima escritora,
que yo piense en cualquier hora
que—para amar—la mujer
no necesita la regla
que usted quiere establecer,
¡puesto que se las arregla
como Dios le da á entender!

Carlos Miranda

LA CAJA DE LAS PASTILLAS

Son bruto!
—¡So animal!
(Transición.)
—¡Querido Mengánez!
—¿Eres tú, Perengánez? ¡Ya te reconozco!

Y ambos amigos se estrecharon entre sus brazos, porque no hubiera sido pertinente que se estrecharan en los del vecino.

Eran dos antiguos condiscípulos que no se habían visto desde los días, afortunadamente lejanos, en que soportaban juntos las vacuidades y las chinchorrerías de la enseñanza oficial. Luego habían dejado de verse durante varios años, hasta que la casualidad en forma de pisotón les había reunido al volver de una esquina.

—Vaya, hombre; pues en medio de todo me alegro de haberte pisado.

—Muchas gracias.

—Sí, hombre. Gracias á eso nos hemos reconocido. Siempre me he acordado mucho de ti. ¿Qué es de tu vida?

—Mal, muy mal. Hice la tontería de casarme.

—Hombre, te diré. Yo también me he casado, y no estoy arrepentido.

—Es que yo me casé sin dos pesetas, y con una mujer pobre. Para colmo de gracias, mi dulce esposa tiene más fecundidad que si viviera en la Plaza de Oriente. Y tú no sabes lo que es eso de tener una señora así. Es casi tan grave como hacer un viajecito á la Ciudad Lineal.

—Entonces te compadezco. Porque yo me casé con una mujer que tiene mucho dinero. Y además, no tenemos nunca chicos.

—Pero estaréis sacrificados.

—No lo creas. Hay un específico maravilloso. Una caja con unas pastillitas... Cuestan caras, es verdad, pero su resultado es positivo. Vete mañana á mi casa á tomar café conmigo, y te llevas las que me quedan para que se las des á tu mujer. A mí no me supone nada comprar una caja nueva.

Y con protestas de agradecimiento, y ofrecimientos mutuos, y ferviente renovación de los votos de su antigua amistad, despidiéronse los condiscípulos hasta el siguiente día.

Puntual á la cita acudió el pobre Mengánez á la casa del opulento Perengánez. Recibióle su amigo con las mayores muestras de afecto y de contento. Sirviéronles el café ofrecido con notable acompañamiento y acopio de golosinas y elementos de beber y de arder.

Nuevamente ponderó el infeliz padre de familia las desventuras de su estado, y otra vez contó el dichoso Perengánez las glorias de su situación de casado con dinero y sin hijos.

—Y á propósito—dijo de pronto á Mengánez—, voy á cumplirte mi palabra. Te voy á dar la caja de las pastillas misteriosas para que las use tu mujer, y obtenga el resultado que la mía. Dentro va también un prospecto dando reglas para su uso. Es lo mejor que se ha inventado.

Dicho esto tocó el timbre. Apareció una linda doncellita, y dióla el encargo:

—Vete á la alcoba y tráete una caja de metal que tiene unas pastillas, y está en el cajón de la mesa de la noche.

Y mientras la criada volvía, continuaba Perengánez las alabanzas al específico.

—¡Vas á ver! La lástima es que no me hayas encontrado antes. Desde ahora se te acabarán las preocupaciones.

Al cabo de poco tiempo regresa la doncella con las manos vacías.

—¡Y la caja!—clama Perengánez.

—La caja no está —responde inocentemente la criada—. Ahora recuerdo que se la ha llevado la señorita, que ha salido de paseo.

Pedro de Répide

NUESTRAS COCOTAS



JULIA TORRES

AMERICANAS

DESEMBARCAMOS el 25 de Mayo. Buenos Aires estaba en plena fiesta patriótica. Y *la Onzita* (perfil Carlos III), nuestro bravo vicecónsul y ex golfo de Madrid, quiso arrancarse ante la primera americana que encontramos en el puerto:

—¡Olé, mi negra de mi...!

—¡Ché, mi amigo!—le cortó Gabriel España, informado por mes y medio de *estadia* en la Argentina—. ¡A callar... ó á pagar por cada flor cincuenta pesos!



El novelista y la «yatwoman..., en pleno Atlántico.

Efectivamente; no sólo la piropeada mostró su cierto asombro, sino que ya un guardia se rascaba en el bolsillo el cuaderno de las multas.

De modo que llegábamos á un país donde no se puede florear á las mujeres. Esto nos lo acabó de explicar inmediatamente Gabrielito. ¡Demonio! *La Onza,* Pepe Castillo, Paquito Romero y el bizarro capitán Sousa volvieron sus miradas al *Satrústegui,* como con pena de la calle de Alcalá. ¡Demonio! ¡Qué demonio!

Sin embargo, el propio Gabrielito, que lucía camisa y corbata á rayas blancas y azules, hecha como de una de aquellas banderas que ondeaban sobre nuestro coche por las calles, suavizó la impresión de sus informes, añadiendo:

—¡Almorzaré hoy con una criolla, y hay que halagar su patriotismo! Ché.

Mis queridos combarcanos sonrieron. Llegábamos, pues, á un país donde se puede almorzar con las mujeres sin necesidad de florearlas.

Tres noches después, andaba Julio Palencia *(La Onzita)* cariacontecido. Había podido realizar sus observaciones personales. En Florida, en la Avenida de Mayo, en Palermo..., en todo Buenos Aires, no encontraba una sola de esas amorosas parejitas que en Madrid se ven á todas horas, y especialmente cuando el sol muere. Coches, muchos coches; gentes, muchas gentes...; pero cada cual á su negocio, en plena prisa y gravedad. Con tanta prisa, que el mundano amor está á cargo de una nube de francesas, como más rápidas y expertas, é inunda con sus artísticos anuncios el piso de las calles. Sale un señor, harto de trabajos en el día, se agacha, recoge diez, quince de aquellas tarjetas... y no tiene más que darle una de ellas al cochero. Es decir, francesas... y austriacas é inglesas é italianas; lo sabía muy bien *La Onzita,* en su gran poliglotismo; «pero —lamentábase— ¿y las españolas de mi alma? ¿Y las niñas del país?

. . . . . .

¡Oh, estas! ¡las criollas!... Estupendas, formidables, maravillas gigantescas del cielo de la Pampa, con gracia y ojos negros de Sevilla y de Jerez; mujeres, en fin, como allá se dice en el colmo del elogio, *¡Muy de la banana!...* ¿No te has fijado, lector, alguna vez en las alondras de un bando de alondras? ¿No has llegado á reparar que son todas iguales, todas como idénticamente ágiles y bellas?... Pues así las mujeres bonaerenses son todas juvenilmente arrogantes y hermosísimas. Como las alondras que en el libre campo tienen su sustento y el magno escenario de su amor, ellas también, redimidas de dolor y de preocupaciones en su vasto ambiente de riqueza, van llegando á un tipo de perfección fisiológica, orgánica, animal, que las sostiene en una florida juventud perenne y en una semejanza de belleza dentro de la cual apenas si es posible diferenciar fundamentalmente á unas de otras. Altas, gentiles, llenas de luz de alma en el azabache inmenso de los ojos, y de fuego de pasión en la grana de los labios, van entre sus parisinas plumas y pieles como diosas, rielantes de joyas y de ensueños de ilusión, iguales de plenitud de vida las que tienen trece años y las que tienen cuarenta, prontas á detener sus autos en el restaurant Palermo, ó en la Opera, ó en el Palais de Glace para calzarse los patines y deslizarse al son de un tzigano vals por el carámbano...; en tanto sus maridos, sus padres, sus hermanos hablan y tratan en cualquier Banco ó en el Jockey Club de tierras y de pesos.



Felipe Trigo á bordo del *Stern.*

Si en el palco de un teatro ó en un thé os presentan á cualquier dama porteña, líbreos Dios de detenerla por la calle á saludarla, al encontrarla al día siguiente. Esto constituye una grave infracción del protocolo en Buenos Aires. Quitaos el sombrero, y nada más, ya que públicamente apenas está sancionado el trato de las mujeres con los hombres. Ellas caminan solas, ó se reúnen en fiestas y sesiones de música entre ellas mismas. Maridos que son amigos, hasta tratarse como hermanos, no conocen siquiera, muchas veces, á la mujer del otro. El mundo de los negocios, para los hombres, hállase, pues, enteramente definido y deslindado del mundo de la ociosidad y de la elegancia, que corresponde á las mujeres; y tan es así, que, á lo mejor, conoce un europeo á un matrimonio argentino..., y duda de que puedan formar conyugal pareja aquel hombre casi basto, que lleva el frac peor que un camarero, y aquella fastuosa dama que luce sus escotadas sedas de corte igual que una emperatriz.

Pero... bueno es advertir que esta impresión de austeridad, de absoluta separación social de sexos, que tan mal recibe el extranjero en su primera visión de Buenos Aires, no tarda en ser galanamente corregida. La criolla, y sobre todo la criolla aristocrática, lee mucho (novelas de Bourget, por cierto, y mías—si se me permite la franqueza—preferentemente), tiene corazón de artista, y sabe, en fin, hacer de los antojos de su alma el mismo más ó menos discreto uso que todas las mujeres de la tierra. Un automóvil que rueda, á media noche, llevando á su dueña dentro, mientras está el marido en el Jockey...; un automóvil que vuela entre las sombras, por la ciudad enorme que es media vez más grande que París... ¿se sabe adónde va? Un *yate* de millón y medio de pesos, que á lo mejor viene del Brasil y llega al Plata, con su dueña á bordo..., y que recoge quizás en Buenos Aires á un extranjero escritor, para volverse al Océano...

—¿Se sabe?

—¿Puede saberse adónde va?



Una «yatwoman»... muy de la banana.

—¿...?

—¿Eh?

Y dejemos aquí estas cosas, que marean.

Felipe Trigo

CORAZON DE MUJER

Al comenzar la historia de Abelardo y Eloisa, dijo el gran Lamartine: «Esta historia no se escribe; se canta.»

Pues bien: lo mismo pudiera decirse de aquella epopeya amorosa en la que fueron protagonistas Casta y Serafín, dos muchachos que se querían con el fuego y entusiasmo propios de los primeros amores; como seguramente se quisieron Cliacto y Atala, Pablo y Virginia, Rafael y Fornarina, y demás amantes á quienes la historia del amor ha consagrado sus páginas más preferentes.

Ella era una moza de diez y ocho primaveras, hermosa como una creación de la fantasía, rubia como los rayos del sol naciente, alta, delgada, espiritual... En fin, una de esas mujeres capaces de satisfacer al hombre más exigente en materia de estética femenina. Y él era un chico de veinte años, enamorado y fogoso como galán de comedia, y por el cual estaban muertas, ó á punto de morirse, la mitad y otro tanto de las mujeres solteras del pueblo.

Describir lo que aquellos muchachos sufrieron durante el largo período de su amor, sería pródigo en extremo. Todo se conjuraba contra ellos; todo se oponía á la realización de sus más vehementes deseos; los obstáculos más insuperables parecían cerrar el paso á su felicidad, como si el ángel del mal tuviese decidido empeño en malograr aquellos amores, templados en el yunque de la fatalidad.

Los padres de Casta se oponían á la boda, fundándose en que él era *poca cosa* para la niña; los de Serafín negaban su consentimiento so pretexto de que la muchacha era *demasiado señorita* para su hijo.

¿Cedían aquéllos? Pues éstos exageraban su oposición hasta lo inverosímil. ¿Transigían éstos? Pues aquéllos inventaban un nuevo motivo de oposición.

Era público y notorio que los padres de ella protegían la candidatura matrimonial de un sobrino suyo, partido muy ventajoso para la muchacha, pues tratábase nada menos que de un hombre inmensamente rico. Y tampoco era un misterio para nadie que los padres de Serafín soñaban con la pretensión de ser suegros de una marquesa viuda que *bebía los vientos* por el gallardo mozo, y que aportaría al matrimonio algunos miles de duros. Pero todo fué inútil. Cuantas combinaciones y cábalas hacían aquellos apreciables señores para dar el golpe de gracia á un amor tan profundamente arraigado, se estrellaban contra la constancia y la tenacidad de aquellos infelices, muy dignos de ocupar lugar preeminente en la historia de los amantes célebres.

Como los procedimientos hasta entonces empleados no dieran el apetecido fruto, se apeló á la separación de Casta y Serafín, recurso supremo á que acuden muchos, recordando, sin duda, aquello que dijo Campoamor:

«Para encontrar el remedio
de amor en la cruda guerra,
no hay como poner por medio
mucho tiempo y mucha tierra.»

¡Inútil también! Para los buenos enamorados no hay distancias. El amor tiene alas, y las salva.

Los muchachos no cedían, y al fin fué necesario transigir.



EL.—¡Júrame que me amas!
ELLA.—Te lo juro sobre todas las cosas.
EL.—También sobre la «chaise-longue»?

Convenida la boda, aunque muy á disgusto de los padres de ambos, se celebró con toda la solemnidad propia del caso, viéndose de este modo colmadas las aspiraciones de Casta y Serafín, quienes estaban resueltos á hacer un desatino mayúsculo antes de renunciar á ser el uno del otro. La constancia y la fidelidad les había salvado.

. . . . . .

Llegó la noche. Los deudos y amigos fueron desfilando lentamente, después de desear á los novios felicidad eterna y larga progenie.

Cuando los felices esposos quedaron solos en la cámara nupcial, Serafín presentó á Casta un par de magníficas pistolas, y dijo, dándola una:

—Toma: está cargada. Si alguna vez falto á mis deberes y á la fe jurada, te autorizo desde ahora para que me levantes la tapa de los sesos.

—¡Serafín, por Dios!--dijo Casta horrorizada.

—Calla y no me interrumpas, que no he terminado aún—agregó Serafín con aterradora calma—. Yo me quedo con esta otra pistola, cargada también, para hacer igual contigo, si algún día te incita Satanás á mancillar el honrado nombre que te he confiado.

Y terminado este breve y solemne diálogo, cada cual guardó su pistola en el cajón de su respectiva mesa de noche.

. . . . . .

Momentos antes de amanecer, cuando aún parecía escucharse el suave aleteo de los amorcillos que celebraban las felices nupcias de Casta y Serafín, y éste, fatigado por las emociones de la noche, hallábase sumido en el más profundo sueño, Casta abandonó el lecho, cubrióse pudorosamente con su chal de cachemira, la prenda que halló más á mano, y con el mayor sigilo, á fin de no turbar el plácido sueño de su feliz consorte, se dirigió á su mesa de noche, abrió el cajón, sacó la pistola, y extrajo de ella las dos cápsulas destinadas á vengar sus traiciones...

Manuel Soriano

LA MEJOR CANCIÓN

Deja que enamorado, enloquecido,
en tu seno recline mi cabeza,
y olvide, contemplando tu belleza,
todos los desengaños que he sufrido.
Como ya tu cariño he conseguido
y esclava es de mi amor tu gentileza,
las sombras de mi lúgubre tristeza,
huyen á refugiarse en el olvido.
Mírame fija... ¡así!... ¡más todavía!
Siento en mis brazos de tu cuerpo el peso
y aumenta el corazón sus pulsaciones...
Acerca más tu cara hacia la mía...
¿Quieres una canción? Pues... ¡toma un beso!
¡Es la mejor de toda las canciones!

F. Villaespesa

NUESTRAS ARTISTAS



¿...?



El Confesonario

CLAUDINA

Me parece, señoras y señores, que ha llegado el momento de que á la rejilla de este «Confesonario» se acerque una mujer dispuesta á decir la verdad y á contarlo todo, todo, sin miedo á las tijeras de las amigas ni á los enfados de los amigos. Yo leo esta sección de La Hoja de Parra desde el primer número del periódico, y cada vez estoy más asombrada de la pudibundez de mis compañeras en las danzas y en las andanzas.

¡Si parece que están deseando escapar del escenario para hacer voto de castidad en un convento de Reparadoras!

¡¡Mire usted que la... (no quiero citar nombres), y la... (tampoco quiero citar apodos) metiéndose á impugnadoras del desnudo y á defensoras de la monogamia con ó sin sanción eclesiástica!!...

Menos mal que ustedes se habrán hecho cargo y se habrán sonreído del sermón.... ¡Que no las gusta la sicalipsis exagerada!... ¡Que sueñan con ser madres de familia, sin otra aspiración que la de espumar el puchero y zurcir los calcetines del marido!... ¡Que encuentran repugnante, ó poco menos, el molinete!...

Será en público, y de poco tiempo á esta parte, porque en privado, y por agradecimiento á que haciéndolo han llegado á ser lo que son, alguna vez lo practicarán.

De mí sé decir que lo que siento es no poder salir á la calle con la «toilette» que saco á escena, y que el atraso de nuestras costumbres me impida dar representaciones en la plaza pública, porque, ¿cuál es la aspiración de una artista? ¿Que la aclamen, y la admiren, y la deseen, y la conquisten? Pues cuantas más ocasiones se presenten más pronto logrará sus anhelos.

¡Y lo que pasaría si mi sueño se realizase!... Sólo en pensarlo me alboroto toda. Cien manos sabias y ardorosas disputándose mi cuerpo, cien ojos lujuriantes profanando reconditeces sagradas, cincuenta agudísimos dardos del carcaj de Cupido clavándose en mis carnes palpitantes y haciéndome desfallecer de amor...

¿Cómo ha podido nadie negar que esto sería su ideal?

En mi casta alcoba de soltera (busquen ustedes las señas de casa en un «Bailly-Bayllière»), tengo un soberbio armario de luna y un gran baúl de mimbres, vacíos de ropa. Y es mi noche más feliz aquella en que represento comedias de enredo, ocultando y poniendo en franquía á mis galanes.

... ¿Que si tengo muchas noches felices? Todas las que puedo. Les invito á comprobarlo experimentalmente. ¿Gustan?

Acepten ó no, háganme al menos la merced de no criticarme por mi sinceridad, que tiene más valor que la hipocresía de otras amigas.

Concha Torrijos
Claudina.



CLAUDINA
Que se exhibe en el Teatro Nuevo.

BONIFA

¿Pasa este banderillero? Banderillero en la plaza, frente á los toros, y banderillero y nada más frente á las mujeres, donde se presentaron... No he llegado nunca á matar de amor ni á una siquiera. ¡Habré tenido mala suerte!

Comencé á torear en Madrid el año 1889, y desde entonces, ayer, como quien dice acá ha habido tiempo para todo. ¡Pues, sí, sí!... En esto de las mujeres lo he desaprovechado lamentablemente. ¡No tengo en mi haber nada notable!

La historia amorosa más curiosa que yo podría referir, parte de hace la tontería de diez y siete ó diez y ocho años, y viene de allá de Lima, nada menos. ¡Conque váyanse ustedes fijando!

En Lima estaba yo «cacia» el año 1895 ó 96, entretenido entonces en la tarea, no de banderillear, sino de matar toros, cuando cayó á mi «vera», sin que yo me pueda dar muy bien cuenta del modo que sucedió aquello, una «gachí» morena y bravía, capaz de volver loco al hombre más pacífico.

Pues bueno; nos conocimos; nos hicimos «novios», y disfrutando estábamos á más y mejor, en paz y en gracia de Dios nuestro amor y nuestra juventud, cuando ¡zás! una noche se presenta en mi casa un señor que dice que es el marido de «mi señora», y que tal y que qué sé yo... Total que vi un drama en puertas. Pero no tengan ustedes cuidado, que no hubo sangre. El hombre, naturalmente, me pidió á su señora, y yo, que juzgué desde el primer momento la pretensión como muy razonable, me dispuse á dársela y á no verla alejarse de mi lado, porque las lágrimas iban á impedírmelo...

La había ya recogido su ropita y dispuesta estaba á «lanzarse», cuando la mujer le dice al marido no sé qué; el marido se vuelve, me mira y se arroja en mis brazos.

—¡Torero tú! ¡Torero tú! ¡Ahí la tienes! ¡Ahí la tienes!

Pues, señor, que el buen marido se empeñó en dejarme á su mujer tal como la tenía antes, á cambio solo de que le nombrase sobresaliente en mi cuadrilla.

Así lo hice. Le compré un traje, le vestí y le enseñé á manejar el capote, y andando. Yo no sé si será superstición, pero durante el tiempo que aquel «hombre» estuvo conmigo no me salió malo ni un toro. El cabestro aquel me los cambiaba cuando llegaba el caso.



EDUARDO ALBASAN

Puesto á contar ya cosas de estas, si dispusiera de espacio referiría la «mar»; no mías, pero sí de gente con quien trabajé, que á falta de otra cosa, eso es lo que me han dejado los años.

Eduardo Albasán,
Bonifa.

LA MORAL DE PULGARCITO

¿No habéis notado que Pulgarcito es un dedo autónomo, un dedo que se separa de los demás?

Indice, medio, anular y meñique están juntos siempre y obedecen á una misma orden en su motilidad. Pulgarcito obra por su propia cuenta. Y es que Pulgarcito es un dedo moral que se ha separado de sus hermanos porque son unos cochinos.

Ello fué así:

En una linda mano de mujer ocurrieron ciertas cosas que dieron que murmurar á las Uñas, que son unas comadres por naturaleza. Y entre los Dedos se discutió en esta forma:

ANULAR. Espreciso que cesen ya las murmuraciones. Se nos culpa de haber servido á nuestra poseedora para fines... ¿cómo ha dicho?... para fines...

MEÑIQUE. Obscenos.

MEDIO. Chiquitín, qué pronto te has aprendido la palabreja. Las picardías no te dejarán crecer.

ANULAR. Y aunque lo hayamos hecho, ¿qué? ¿No somos libres?

MEDIO. Libres y fuertes.

PULGARCITO. No estoy conforme. ¿Y la moral?

MEDIO. La moral... ¿qué es?

MEÑIQUE. Una figura retórica que sirve á las personas hipócritas de argumento para execrar aquello que harían, de poder hacerlo. Procede de la envidia y tiene gran elasticidad.

ANULAR. ¡Cuánto sabes!

MEÑIQUE. ¿Y en nombre de eso se quiere privarnos de nuestros placeres? No hagamos caso. Es ridículo.

PULGARCITO. No. Vuestros sofismas disfrazan la verdad, pero no pueden ocultarla. Tienen razón los que nos censuran. Tú, índice, nos has hecho presenciar espectáculos repugnantes. Sólo y haciendo arrodillar á los demás, poniendo en práctica oficios de hurón, te has metido en las lobregueces de los misterios sexuales. Eso no está bien. Has consumado actos vedados por Natura. Tú medio, eres el más alto y el más fanfarrón. Desafías y te yergues altivo mientras los otros se encogen figurando plásticamente una masculinidad. Sirves de gesto de desprecio. Eso es vergonzoso. En cuanto á vosotros, anular, meñique, ¿no os da valor servir de cómplices á esas nefandas acciones? Sois todavía más culpables.

MEÑIQUE. ¡Vaya un sermoncito!

MEDIO. Pulgar, ¿sabes lo que te digo? ¡Que... (imposible la transcripción).

PULGARCITO. Yo no puedo vivir en ese ambiente de lupanar. ¡Si que habéis salido finos! Porque sólos hacéis todo eso. ¡Pero, anda, que juntos!...

MEDIO. Pues te marchas cuando te dé la gana.

INDICE. ¡Adiós, «Lucrecio»!

MEÑIQUE. Ya no se acuerda de que en Francia...

PULGARCITO. No hablemos más. Yo soy un dedo honrado. Las malas compañías... Y luego cada cual tiene que vivir en sociedad. La gente dice... Mira, mira, fíjate tú...

Y Pulgarcito se ha declarado independiente. Pulgarcito, el moral...

Tomás Borrás



ELADIA RUIZ PARIS y CONCHITA VERGARA

Lindísimas artistas «como se ve», que actúan en el Salón Madrid.

DIA COMPLETO

I

Había llegado á ser Ernestina la doncella de confianza de su joven ama. Para llegar á este puesto aprendió á fisgar y curiosear, y no había puerta segura ni cajón, por cerrado que estuviese, que no le sirviera para indagar los más íntimos secretos de María, que así se llamaba la señora de Pérez, honrado y poderoso comerciante en lanas.

La confianza que tenía María con Ernestina era ilimitada; así es que para ésta no eran un secreto los amores de su joven patrona con su primo, estudiante de Derecho, guapo y atrevido, como buen estudiante, y de intenciones no muy rectas, según la doncella, á pesar de todos los cursos de Derecho habidos y por haber.

La unión de María con el señor de Pérez fué obra del refinado y bien meditado cálculo.

María no era feliz, pero Pérez, en cambio, lo era mucho.

Con mujer joven y bonita, y con afortunadas empresas comerciales... ¡qué más podía desear!

II

—¿Has visto á Pepe? — preguntó María á Ernestina.

—Sí, señora, y me ha dicho unas cosas...

—Me lo figuro.

—Es muy arrebatado Pepe.

—Mucho; por lo mismo, hay que obrar con cautela. Tú estás enterada de lo que entre él y yo hubo en otro tiempo.

—Ya lo creo; ¡como que yo era la mensajera!

—Bueno, pero ahora los tiempos han cambiado. Yo soy la señora de Pérez, y aunque, como tú sabes, no le quiero, le respeto.

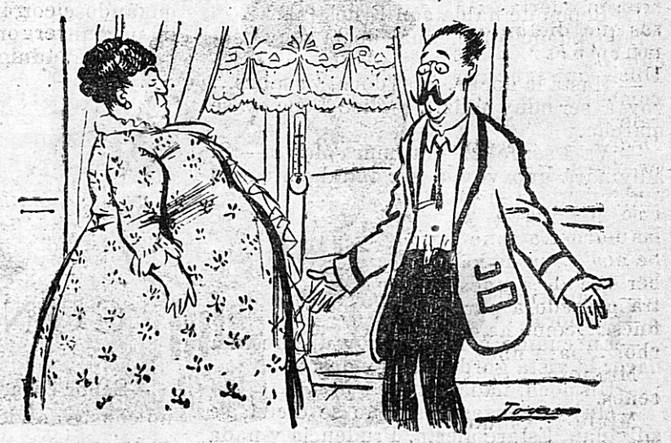
—Pues mire usted; Pepe se empeña en que ha de entrar en esta casa hoy mismo, esta noche. ¿Y sabe usted por qué? ¡Es una locura! Dice que quiere...

—¡Basta! No me hables de Pepe.

III

Sola ya María, empieza á recordar el efecto que la profesara Pepe, el primo estudiante de Derecho en otro tiempo.

—¡Pobre muchacho!... Me quería mucho. Mis padres decían que era un atolondrado, un inconstante... No lo debe ser mucho, cuando, según parece, quiere reanudar nuestras relaciones. ¡Dios mío!... ¿Qué haré? ¿Seré indulgente con él?...



ELLA.—Desde hace unos días noto en ti cierto retraimiento.
EL.—¿Pero qué quieres, hija, con cuarenta y un grados á la sombra?

El señor Pérez entró, interrumpiendo tan interesante monólogo en el preciso momento en que su mujer formulaba una pregunta tan comprometedora como ésta.

—¿Seré indulgente con él?...

—Buenas tardes, María, ¿cómo estás?

—No tan bien como tú, que traes un aire muy satisfecho.

—¿Me lo has conocido? ¡Ah!..., es una sorpresa!

—¡Una sorpresa! ¿Te has abonado á la ópera? ¿Me has comprado alguna chuchería?... ¿Me llevas hoy al concierto?...

—Francamente, no había pensado en nada de esto.

—Entonces...

—Pero ello vendrá, si arreglo, como lo espero, un magnífico negocio en lanas emprendido hoy...

—¿Era esta la sorpresa?

—Esta.

—Ah, ya.

Y María se levanta, cruza la sala con paso menudo, fruncido el ceño y mordiéndose los labios.

En un instante se ha contestado la pregunta aquella:

—¿Seré indulgente con él?...

—¡Lo seré!... ¡Vaya si lo seré!

Cruza el corredor, y antes de abrir la puerta que da al zaguán, adonde se dirige en busca de Ernestina, se detiene bruscamente.

Le ha parecido oir una voz de hombre.

Escucha.

Es Pepe que habla con Ernestina.

Sólo puede oir el final de la conversación:

—¡Hasta la noche, á las doce, ya sabes... voy á ser muy feliz... —dice Pepe, y se marcha.

—¡Va á ser feliz!—murmura María.—¡Si adivinará que voy á ser indulgente con él!...

IV

—¡Ernestina!

—¿Señora?

—En cuanto á Pepe, estoy dispuesta á hacer la vista gorda, ¿entiendes?

—Un poco, nada más.

—Mujer, ciertas cosas no se dicen; se adivinan. Estaré alerta. Prudencia y nada más.

—Pues no entiendo mucho —murmura la doncella.

V

¡Cómo tardan en pasar las horas! Pérez ha ido al club á jugar su partida de tresillo, que dura hasta las dos ó las tres de la madrugada.

Pepe no puede tardar...

¿Las doce?... Esperemos.

No se oye nada; debe estar ya en casa y no se atreve.

¿A que ahora salimos con que Pepe es corto de genio ó miedoso?... Pues no espero más.

Y María cruza un corredor, y después otro; llega al cuarto de Ernestina, empuja la puerta del cuarto y...

Imposible describir lo que pasó por María al ver lo que vió...

Cerró la puerta violentamente, marchóse á su habitación, acostóse y rompió á llorar amargamente.

—¡Canalla! ¡¡No venia por mi; venia por mi criada!!

Dijo, y el llanto inundó su rostro, á tiempo que cruzaban por su mente mil proyectos rarísimos...

VI

Al poco rato acostóse el señor Pérez, que en el casino había cerrado su magnífico negocio.

—¡Hoy ha sido día completo para mí!—dijo al entrar en el lecho.

—¡Aún no lo sabes tú bien!—murmuró María, por cuya imaginación pasaba, como mofándose con insistencia irritante, aquella pregunta:

—¿Seré indulgente con él?...

. . . . . .

Andrés Soler

CONFITEOR

—Señor cura, la adoro locamente,
no consigo olvidar un solo instante
su levantado seno palpitante
ni su encendida boca sonriente.
Cansado de luchar inútilmente
y sin tener resignación bastante,
pídole á Dios, rendido y suplicante,
que me quite la vida de repente.
¡Yo no quiero vivir!
—¡Oh, qué locura!
¿Tú sabes lo que dices, criatura?
¡Pedir que Dios te mate!.. ¡qué herejía!
¡Huye de esa infernal mujer impura!
¡Piensa en Dios!...
—¡Imposible, padre cura!
¡No pienso más que en ella noche y día!

Ramón Asensio Más

¿SE CASA BOMBITA?

ESTAMOS en esto de si don Ricardo se retira ó sigue toreando, tan «ignorantes» como el que menos sepa. Pero, amigo, nos hemos enterado de algo que es «noticia»: Bombita va á casarse...

Una noche, ha dos meses aproximadamente, don Ricardo, que se hallaba en Madrid curándose una pierna herida, entró á distraerse un rato á la última sección del Trianon Palace y vió á La Goya, que había debutado dos días antes.

...A la tarde siguiente un dramaturgo y un joven periodista, ambos muy populares, presentaban en casa de la señorita Aurora M. Jouffret á don Ricardo Torres.

¿Estaba don Ricardo enamorado de Aurorita? No sabemos nada. Estamos enterados solamente de que desde aquella noche el Bomba no dejó una siquiera de aplaudir á La Goya.

En el Trianon la noticia corría de boca en boca:

—Bombita anda loco «perdio» por La Goya. La visita, la escribe, la envía flores...

Nosotros, la verdad, no lo creímos. Aurorita lo vale todo y lo merece todo; pero, vamos, don Ricardo tiene una fama de «terrible» que no nos aveníamos á creer que pudiera «caer» así, tan pronto. Un día, al anochecer, nosotros presenciamos una cosa. Estaba don Ricardo en el vestíbulo del Trianon Palace y La Goya llegaba de la calle y nosotros salíamos á ella del teatro. Juntos todos, nos detuvimos un instante y abordando un tema que entonces «circulaba» como ahora, dijimos á Bombita:

—Pero ¿es de veras que se retira usted?

Don Ricardo nos miró un instante; luego «jugó» sus ojos hacia La Goya, contrajo su cara haciendo un gesto, y dijo:

—Me retiraré cuando me case.

Y un poquitín después, siguió la frase:

—... y me casaré cuando me retire.

Ni siquiera esto nos hizo «caer». ¡Don Ricardo tiene una tan atroz leyenda de «terrible»!...



«ELLA» y «EL»

Pero, sí, sí... Noticias muy formalitas y muy autorizadas que vienen á nosotros desde Santander, nos lo «dicen» todo. La Goya fué allá desde Madrid, y Bombita

tras de ella. Allí... Ahora Aurorita salió de Santander, y don Ricardo otra vez detrás...

Pero La Goya —cuentan los que afirman que lo saben—, La Goya, que no es una coupletista así como así; La Goya, que es una madamita educada y perfecta, solicita para corresponder á don Ricardo ciertas «garantías». Por el pronto quiere que abandone el toreo...

Y el conflicto está aquí. Don Ricardo no puede así, tan fácil... Tiene afición; tiene compromisos...

. . . . . .

Nosotros, que admiramos á Bombita como aquel que más, le aconsejamos, sin embargo, que complazca á Aurorita. ¡Harán una pareja tan «apañadita» y tan igual!...

EL SEÑO GOBERNAOR

Comentábamos de la costumbre provinciana, por la cual el gobernador civil ha de presidir las funciones de teatro, dando permiso para que empiecen y volviendo del revés el cartel que ponen á Su Excelencia en el antepecho del palco, cada vez que el público pide la repetición de un número musical.

—¡Eso es una atrocidad!

—Un ultraje á la cultura del público—decian todos.

Yo intenté, sin embargo, defender la conveniencia de tal costumbre, refiriendo que en el teatro de mi pueblo, mientras se representaba el primer acto de *Los Madgyares,* unos cuantos señoritos repartieron entre las artistas gran cantidad de dulces aderezados con un purgante tremendo; y gracias al gobernador que se encontraba en el teatro, no hubo que lamentar aquella noche media docena de asesinatos.

Las víctimas fueron algunas coristas, que desertaron á los diez minutos del partido de la emperatriz, y no pudieron en el cuarto acto jurar fidelidad al nuevo príncipe.

(Para que se vea de qué dependen á veces los fracasos políticos.) Y lo que no gudo evitar el gobernador, fué que el segundo flauta, marido de una corista muy guapa y más celoso que *Otelo,* viera desde la orquesta que su mujer charlaba entre bastidores con un señorito y que éste la daba algo que ella guardó inmediatamente.

Al terminar el acto, el segundo flauta subió al escenario hecho un veneno.

—Te he visto hablar con Fulano. ¡No me lo niegues! ¡Lo he visto! Y he visto que te ha dado una cosa, ¡sí, señora! ¡Venga lo que sea!

—¡Pero, hombre, no te pongas así! Si precisamente te los guardaba.—Y esto diciendo, puso en manos del furioso marido los dulces que la habían tocado en el reparto.

Me los comeré yo todos, para que se fastidie. Se lo dices así, si vuelve á hablarte.

Media hora después juraba como un carretero, y decía que su mujer y el señorito habían querido envenenarle.

Entonces fué cuando Eduardo, no sé si en apoyo de mi opinión, favorable á las autoridades que presiden representaciones *dramáticas,* contó que en una de las repúblicas del Centro América y en poblaciones de escasa importancia, salió una noche al escenario del teatro á cantar *couplets* y á bailar *can cán,* una de tantas *estrellas errantes* que andan por el mundo.

Ya iba á terminar su trabajo, cuando gritó un chusco, con el dejo particular de la tierra:

—¡Que se quite loo carsooone!

Fué como la chispa en un reguero de pólvora. De todas partes salían voces desaforadas que repetían:

—¡Que se loo quite! ¡Que se loo quite!

Aquello amenazaba degenerar en motín.

La artista, asustada más por las voces que por otra cosa (según dijo después), se había retirado al fondo del escenario; y el telonero no se atrevía á echar el telón, en vista, sin duda, de la antipatía del público á los telones.

Por último salió el representante de la empresa.

Respetable público: esta señorita no se pue quitar loo carsooone, porque er señóo gobernaor, que está en su paaarco (señalando al de la autoridad), nos echaría una murta de sien peeeso.

—¡La pagareeemo!—gritaron los espectadores.

Y acto continuo comenzaron á caer monedas de plata á los pies del *orador* de la empresa, que en seguida se agachó y comenzó á recoger aquellos votos del sufragio popular.

Cuando recogió el último se enderezó, y después de un breve recuento, dijo:

—Respetable público: fartan dies peeeso.

Y *er señó gobernaor,* poniéndose en pie en su palco, exclamó:

—¡Pos, ahí van!

F. Serrano de la Pedrosa

Carmen Villar

Falta nos hacía ya. Entre tanta y tanta «doncellita» como á diario sale y se nos lanza «á ser artista», abusando quizá un poquito de que el público es tolerante, y ni las mata, y de que nosotros, periodistas, somos humanos á la postre, y jóvenes y enamoradizos alguna vez; entre tanta señorita salida como pruebas hechas vaya la verdad, aunque la verdad duela, desde la época aquella en que surgieron la Fornarina y Amalia Molina y Candelaria Medina y Pastora Imperio, sobre las tablas de nuestros «music-halls», no había aparecido una artista semejante á ellas...

Pero todo llega, y la continuadora de nuestras cuatro «estrellas», de su trabajo delicado y personal, ha llegado, y modesta, meritoria y muy agradecida todavía, ha aparecido en el Teatro Nuevo.

Por aquel escenario no había pasado nunca una cosa así. La nueva artista, Carmen Villar, madrileña castiza, de la calle del Mesón de Paredes nada menos, tiene una figura espléndida y gentil; una voz educada y armoniosa, y mucha gracia...

Como aquella otra chulilla madrileña que se llamó Consuelo siendo corsetera y algo más, y que se llama La Fornarina ahora «divette», Carmen Villar, que tiene su figura y aun su misma voz, si se lo propone, y mal hará si no lo hace, irá muy lejos.

Lejos en el terreno de la fama; lejos también, acaso, á trabajar, porque estos empresarios nuestros «son así»...

Pero de todos modos, alegrémonos. Porque en la gentil, gentilísima Carmen Villar, encarna la artista española, de la que no iba quedando un solo ejemplar...

VIDA IDEAL

O EL IDEAL DE LA VIDA EN ESTE SIGLO

De doce á trece abandonar el lecho
y entregarte del baño á la delicia;
sentir del apetito la caricia
y enseguida almorzar, y ¡buen provecho!
Al casino después; allí, al acecho
de la *trola* ó *canard,* vulgo noticia,
rinde culto la charlas á la impudicia
y el *clubman* se retira satisfecho.
Vermouth ó aperitivo, en extramuros;
á las ocho, á comer; luego, al teatro,
y después á cenar alegremente...
Mátanse así con goces hasta impuros
las horas del holgar, y al dar las cuatro
á dormir... ¡Oh ideal del siglo veinte!

Julio Milego.

ESPECTÁCULOS RECOMENDABLES

La verdad es que no tenemos razón para quejarnos. Varietés, aunque medianejas, nada más, en el Retiro; «teatro alegre» en el Salón Madrid; varietés y «teatro» y el delirio en el Teatro Nuevo...

Si nuestro amigo Moriones tuviese algo «más» de la Macarroca en el Trianón, podríamos con razón decir que el mundo es nuestro.

La semana pasada ha sido pródiga en estrenos. En el Salón Madrid, los Sres. La Hoz y Romero dieron un «desahogo cómico-lírico veraniego», muy bonito, titulado «¡Uf, qué calor!» que da motivo á que mujeres tan bonitas como la Ruiz Paris y la Vergara, cuyos retratos van en otro lugar de este número, pero ¡ay! representándolas vestidas, se desnuden.

En el Teatro Nuevo, su empresario, don Joaquín García Cruz—que es un inteligentísimo «Juan Palomo», que explota aquello; que lo dirige; que escribe las obras, y que si hay ocasión las representa, y todo muy bien hecho—en complicidad con el maestro Romero, músico muy notable, ha «puesto» un á propósito titulado «¡Compañeras, al mitin!», que es un portento de originalidad y de gracia, y que, además, da ocasión para que canten y hablen y griten y aun se peguen, y, naturalmente, nos muestran sus formas muchachas tan bonitas como Vicenta Vargas, Carmen Villa, Claudina, Amalia Bergasses, la Rudi y otras y otras...